



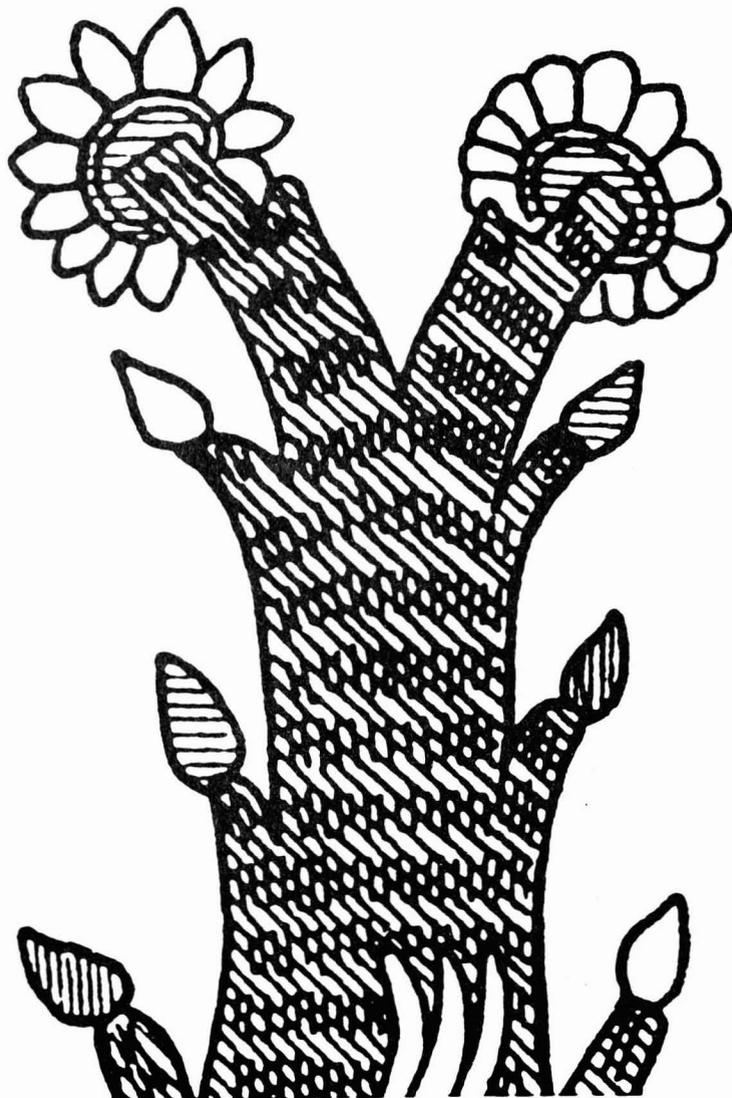
El templo es un bosque de quetzales. Los sacerdotes se apiñan en las gradas.

Triste es nuestra vida desde que nuestro hermano Moctezuma reina en su vasto imperio, nada florece. La continua noche se retrata en su cara. En los convites ríe o llora como niño, sin que nadie una palabra entre ambos estados. Fuma, bebe, come y cae exánime en un largo letargo. Al día siguiente examina todos los asuntos de su reino con habilidad sin igual; ningún error, ninguna falla queda sin castigo. El es el que cumple el mandato del dios "ave siniestra". Y muy cerca están sus corazones. Pues ambos desean sólo la guerra. Satisfecho mira partir las estatuas del dios a entrañarse en naciones antes libres.

¿A quién beneficia esto? Creo que a nadie, [antes los señores alcahueteábamos la guerra para sacar beneficios] hoy todo se conquista sin ningún objeto: los esclavos, riqueza del imperio, son sacrificados en su templo, los verdes jades, las esmeraldas son arrojadas al foso del señor de las aguas. Las nuevas tierras ganadas quedan deshabitadas y nadie piensa en el medio de enriquecerse trabajando, pues ni siquiera los grandes generales pueden apropiarse de un canuto de oro, o de una manta fina, todo ha de parar en las manos de Moctezuma para que él, como un niño supersticioso, las quemé, las entierre o las regale a quien le ha dado algún pequeño placer. Y nosotros, los nobles, prohibido tenemos ensuciar las manos en el comercio o la industria. Temblando hemos de esperar del estado el pago de nuestra mesnada porque nuestro señor pudiera estar enojado por cualquier detalle insignificante que hayamos olvidado en el ritual, o porque se deslizó un ligero temblor en nuestra voz cuando se señaló un pariente nuestro para ser sacrificado a los dioses.

El hambre es el resultado de la tiranía. Dicen los antiguos libros que los aztecas éramos un pueblo que jamás padeció apreturas, pues las guerras antiguas eran para obtener más tierras y esclavos para trabajarlos o para colonizarlas con gente nuestra, pero ahora todos somos soldados o sacerdotes, no hay descanso. Es prodigio que se reproduzca el pueblo, que aún nazcan niños; con tantos deberes, los hombres y sus mujeres raramente yacen juntos; los soldados en la guerra, los nobles en las ceremonias y la penitencia; bien maldeciría a estos dioses que tanto nos exigen, pero se dice que sin ellos el mundo se opacaría, el Sol sin sangre moriría y ¿qué sería de los ríos? De las estrellas bajarían los monstruos y nos devorarían, pero y ¿acaso ésto importa? ¿Acaso a los aztecas les preocupa la vida y las generaciones? Por miles y miles caemos en la guerra sin una tumba sagrada, por miles voluntariamente se dan en sacrificio al templo mayor. Dicen que es por devoción pero todos sabemos que sólo son cobardes, que no tienen la valentía de acabar por sí mismos con su vida y quizá otros lo hagan por prestigiar a su familia.

¿Cómo sucedió ésto? Los abuelos cuentan que hubo un viejo que vivió por varios siglos y concentró el poder en el emperador. Antiguamente había varios consejos y variedad de opiniones, pero



ahora sólo cuenta nuestro señor, quien es todo ingenio y furia. Cuando dudamos, basta oír una palabra suya, dicha tan suavemente (como él sabe), para hacernos recordar nuestro deber de agrandar la patria, guardar las tradiciones de la familia, las costumbres, alimentar a los dioses, honrarlos, honrar al Estado que está representado por nuestro señor, nunca olvidar nuestros sacrificios, atravesarnos la lengua para no decir lo que pensamos, castigar nuestro cuerpo para no tener sentimientos débiles, al aplicar el orden de nuestra sociedad.

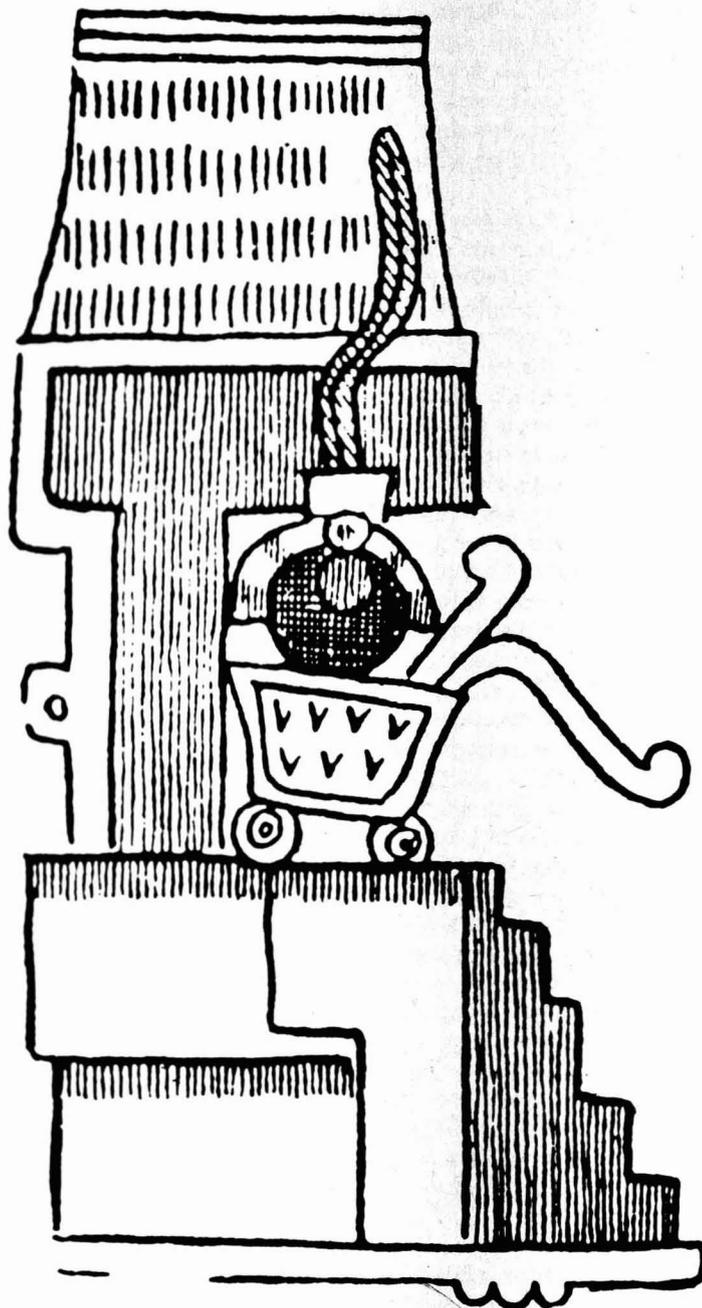
La vida es dura, pero tenemos un día a la semana para beber y divertirnos, pero ya no sabemos cómo hacerlo, se nos ha olvidado, cuando creemos estar felices, nuestras bocas hablan de muerte y de tristeza, abrazamos a nuestras mujeres con la convicción de que quizá ni siquiera tendremos el tiempo de cumplir nuestro deseo antes de que nuestro señor nos mande un mensajero exigiendo que nos presentemos a palacio para ser muertos como esclavos, o para ser sacrificados como dioses, o para ir a la guerra a un país tan remoto, del que no se sabe ni el nombre, o si moriremos de viejos, en el camino de regreso sin jamás volver a Tenochtitlan.

¿Y el pueblo? ¡Todo lo hacemos por el pueblo! Se honra a los dioses para que protejan al pueblo, se conquista para el pueblo, se estudian bellos discursos para convencer al pueblo de que todo es para su bien y de que nada puede cambiar. El pueblo no importa, pero ellos, los ignorantes, los súbditos ni siquiera sospechan la verdad, viven soñando en que las conquistas nos quitarán algún día de penar, que tanto regalar y aderezar a los dioses, les reportará buen tiempo, salud y alimentos. No preguntan, no piensan, están como hechizados.

Nuestras danzas, nuestros bellos ropajes, las fastuosas ceremonias, el furor de los sacrificios, todo los embelesa y hace olvidar su esclavitud.

Un día alguien propuso a nuestro señor enseñar al vulgo los libros sagrados para hacerlos mejores creyentes y borrar las antiguas idolatrías de sus antepasados toltecas, otomíes y tantos otros pueblos bárbaros que antiguamente engrosaron nuestra nación por simpatía, y nos trajeron sus inmundas supersticiones; pues bien, nuestro señor dijo: "Más miserables, más ignorantes, mejor cumplirán con su destino. Antes de mi, reinó el populacho y nuestro imperio era enano. No quisiera acordarme, con gusto quemaría los libros en los que se habla de tales gobiernos". Y mandó que se recogieran tales escritos y se hiciera una biblioteca secreta con ellos. [Es muy respetuoso de las cosas antiguas.]

Nuestro señor es oscuro. En el día solitario medita y ayuna. Únicamente de noche se le ve en los sacrificios y en las audiencias. Alguien menos fuerte habría perdido la razón, pero está firme y fresco, nadie lo ha visto cansado o abatido, dicen que no duerme y que en sus estudios sagrados y en la estrategia militar pasa horas y horas sin llegar a cansarse.





Los nobles hemos descubierto que no nos satisface el poder. Antes lo sentíamos, eramos importantes, relucíamos como papagallos, todos dependían de nosotros o de nuestra riqueza, hoy todos somos iguales, sólo él, nuestro señor, se llena de gloria en las conquistas, sólo a él odian nuestros enemigos, sólo a él agradecemos la comida y sólo él sabe lo que los dioses mandan o van a decidir. Y yo me pregunto: ¿Es esta la única manera de vivir? Si antes vivíamos en el caos y la superstición ¿Por qué los dioses verdaderos no nos castigaron? ¿Por qué no nos destruyeron? ¿No será que seres extraños se apoderaron de nuestras vidas? ¿No será que los dioses malos eran los buenos? Los que permitían el pecado, la libertad y la ciencia, quienes en vez de ser nuestros enemigos, eran nuestros verdaderos amigos y los hemos olvidado.

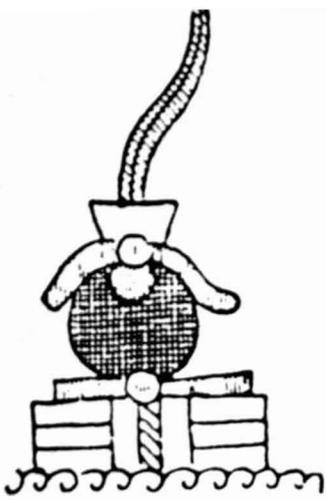
Dicen los entendidos, que Quetzalcoatl no es el mismo que ahora nos pintan los libros. Era el amor carnal, la alegría y la riqueza. Ojalá que viniera nuestro señor Quetzalcoatl a libramos de nuestra carga. Ojalá que Coatlicue nuestra madre, pariera nuevos dioses que nos devolvieran la libertad, la alegría y el pecado.

Sufro y lloro, y cuando nadie me observa maldigo en su cara a nuestros oscuros dioses para probarlos, para ver si me castigan; pero siguen como mudos, como mi señor Moctezuma quien no me ha dirigido la palabra nunca; y yo lo obedezco. Cuando a mi primer hijo (que podía ser el último pues yo partía a la guerra) lo destinó al sacrificio de Tlaloc, deseé tanto asesinarle, pero mis labios sonrieron al mensajero y le hice una elegante reverencia.

Ahora quisiera volver al campo florido, morir en la llanura polvosa. En el campo de batalla el soldado es libre, libre para morir, ya no deseo esta vida ni siquiera me importan mis parientes, son como muñecos de madera, objetos únicamente valorizados porque contienen sangre para los dioses. No me importan mis atavíos, grandes artistas los hicieron, pero no son para honrar a los amigos, o para bailar y alegrar la vista en un festín. Todo es para ellos, para nuestros tiranos, los chupadores de sangre del pueblo. Nada queda que me ate a la vida, ni siquiera el deseo de ir a otra tierra en la que no manden estos dioses. En todos los rincones del mundo ha de señorear mi señor, a donde vaya yo, llegará su ejército, su orden, su vasallaje cuando acabe de conquistar el mundo. Dicen [es tan grande nigromante] que descubrió otros mundos que conquistar, que ha de hacer puentes y barcos para llegar a ellos e imponer a su dios. Por eso no vale la pena huir y sólo deseo tener la fortuna de ser enviado a lejanas tierras y allá pronto ser muerto. Buscaré al enemigo más fiero, lo atacaré con furia y cuando se crea perdido, me entregaré a él como una víctima al sacrificio, sólo este dulce pensamiento me hace sonreír al jefe de ceremonias, [para serle simpático] y me conceda el honor de hacerme capitán.

Tanto hemos deseado que todo cambie y que llegue Quetzalcoatl y se acabe el mundo, que nuestro señor Moctezuma tiene sueños y preocupaciones que ahora empeoran su ya tan agrio





ánimo. Moctezuma piensa que quizás este sea el año en el que regrese Quetzalcoatl y le arrebatase su corona, así sufre por el temor de quedar sin poder, pero también sufre porque no soportaría un mundo como en el que reinaba nuestro abuelo; sin ambiciones, lleno de fiestas y borracheras en donde todo desorden de la carne era permitido y a los dioses se les ofrecían mariposas y flores, sin guerras ni honras militares.

A ese viejo mundo teme más que a su muerte. Los astros sólo malos augurios comunican según sus astrólogos y como siempre se cumplen, Moctezuma conoce su fin por adelantado.

Los astros han mandado un extraño visitante, en las noches aparece la cabellera larga y luminosa de una cabeza perdida con tonos rosados y de día desaparece. Todos sabemos que esto es un portador de los peores augurios, y el pueblo, quien tanto desea lo extraordinario, es víctima de las peores alucinaciones; alguno ve a personajes misteriosos que le anuncian el fin del mundo, otros, fuegos en el lago, otros, manos cortadas en el sacrificio que se mueven sin reposo por horas. Todo se cuenta y entre más víctimas de esta superstición, más se ahonda en el ánimo de nuestro rey, que en este año ha de venir Quetzalcoatl a reclamar su reino, que todo ha de acabarse, que éste es el fin de nuestra era, el fin de nuestro sol. Y hubo antes quien sabe cuantos soles, queda memoria de cuatro. Quizás el año nuevo no se pueda encender el fuego nuevo en Ixtapalapa y todo quede en tinieblas, y del cielo bajen los monstruos a devorarnos y los que se salven muramos en la ceguera y el frío.

Yo también deseo que esto pase, pues ya no soporto más la vida, y aunque sé que todo es superstición, que Quetzalcoatl dijo que regresaría al final del siglo siguiente al que se fue y no regresó y ya pasaron muchos siglos. ¿Por qué debía retornar ahora?

Una extraña pesadilla tuvo nuestro señor que lo hizo temblar: una águila lo tomaba por el pelo y lo elevaba más arriba de los volcanes más altos y las nubes que alcanzaban a ver los ojos humanos, llegaban a un palacio fastuoso y frente a su portal lo depositaba el águila gigantesca. De dentro del palacio salía lentamente un viejo asceta con un sahúmador en su mano que ardía mucho, le señaló a un hombre que dormía profundamente en el suelo, que era el mismo Moctezuma, y le dijo: Toma este sahúmador y quémale el muslo, anda, no ves que está dormido. Obedeció al viejo y cuando Moctezuma despertó dijo preocupado: "aún siento el dolor de la quemadura".

Otro día Moctezuma meditaba a solas cerca del gran lago y vio una extraña luz entre la niebla, tomó una canoa y se acercó a la luz, ahí estaba el viejo adivino, el mismo que vio en el sueño y ahora lo reconoció, era igual al retrato en piedra que se conserva en el palacio de los reyes de Atzacapotzalco: el señor Quetzalcoatl. El terror le inundó y el viejo le dijo: "Moctezuma, que tu tiempo ha de terminar, no tiene remedio y ha de cumplirse."

Nunca más fue nuestro emperador, ya él mismo, su confianza en su fuerza y su juicio lo abandonaron y en su lugar nació la sospecha, el deseo de saber la verdad, su mirada antes lejana y calmada, se tornó huidiza.

Después de consultar sus libros y darse por vencido, hizo llamar a los astrólogos y sabios y nada le quisieron decir, yo los previne: "si le anuncian desgracias los hará matar, si buenas nuevas se sentirá engañado". "Nada sabemos, nada entendemos", dijeron. La angustia de Moctezuma fue mayor y más profunda.

Entonces llamó a los guardianes de los libros, lo que saben los versos que se relatan en las pinturas.

Les preguntó si habían encontrado algo sobre los prodigios, no supieron contestar: "sabemos todo de memoria, pero no lo entendemos, sólo los sacerdotes como tú lo conocen", mucho se alteró Moctezuma y los dejó ir llenos de terror.

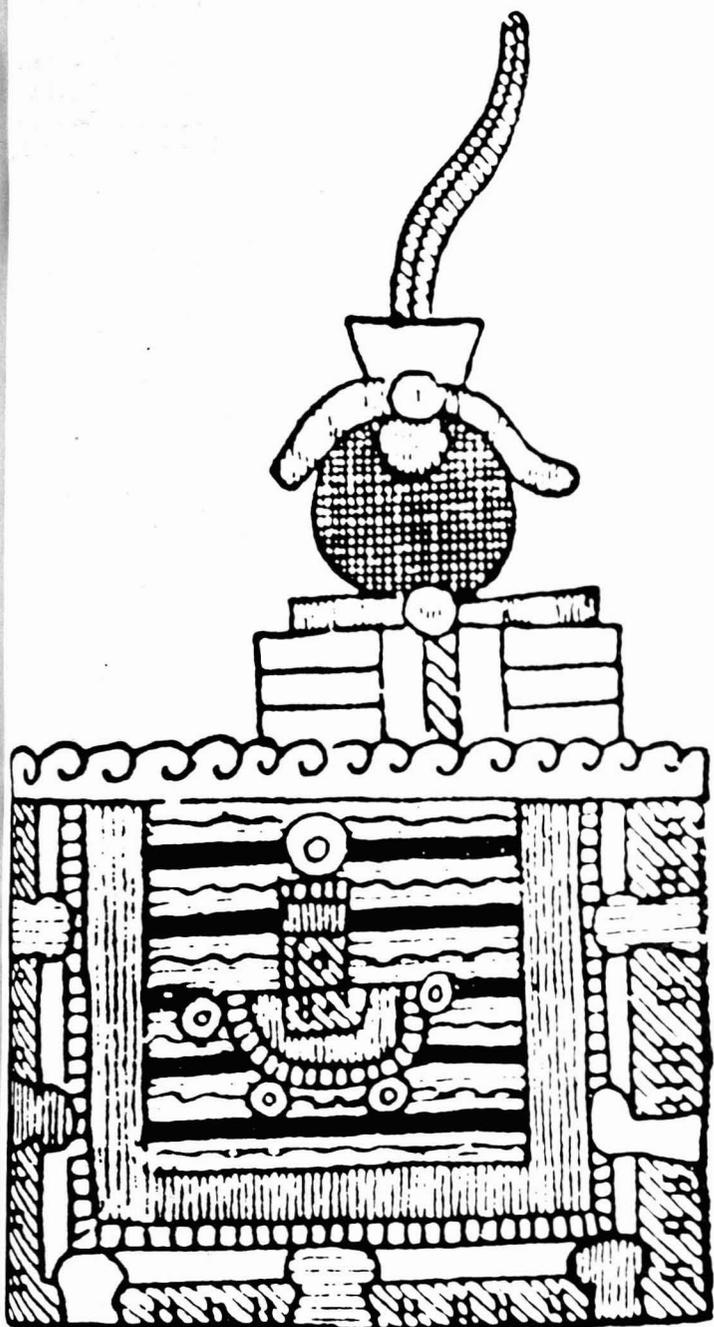
Yo le aconsejé: dicen que en Tepoztlán los brujos adivinan todo.

Moctezuma se negó, ¿cómo un gran sacerdote podría humillarse así? No pasaría esa vergüenza.

En la casa negra, el total ayuno, todo él pintado de negro, sin ruido ni sirvientes, picando su cuerpo con puntas de magüey, permaneció Moctezuma sin que nadie supiera dónde se encontraba. Cuando regresó al mundo su vejez era notoria, aún más frío y dictatorial, aún más seguro de sí mismo. Primero mandó su guardia personal contra los sacerdotes, adivinos y brujos, quienes no habían querido descifrar sus sueños y augurios. A los niños rajaron las cabezas contra los muros, a sus mujeres las empalaron, a los hombres los enterraron vivos.

Como quería consultar a sus ancestros, recurrió a los hongos sagrados, que todo revelan a quien los come con respeto y veneración. Visitó al dios de los muertos y le pidió que lo dejara refugiarse en su reino. El dios le contestó: "Acá sólo la sucia neblina y la obscuridad. Mis tocados son de cabellos de momias. Mi faz, sólo blancos huesos, mi reino triste, hasta el sol al entrar acá muere y apagado está", le ofreció tamales hechos de corazones putrefactos. En vez de gusanos de magüey, gusanos de cadáveres. Pulque de pus en vasos de cráneos humanos. "¡Ve! ¡Regresa!, que haz de cumplir tu destino y tú mismo haz de entregar tu reino".

Luego viajó a conocer su vieja abuela, la de la falda de serpientes, madre de los dioses y los hombres. Ella le dijo: "No es este lugar para tí, tu lugar está en tu palacio, en tu cárcel; en tus muros que construiste, tu miedo viene de tu falsa grandeza, por ser adorador del dios negro; porque naciste para herir, para ofuscar a los hombres, para que los bosques fueran talados, las ciudades despobladas, para que las riquezas fueran arrojadas a la hoguera y todo brillo ahumado. Todo opacaste, impusiste un orden contrario a mí. ¿Acaso quieres que yo te reciba en mi santuario en donde somos inmortales? ¡Al enemigo de la vida! ¡Al gran destructor!"



Sé masculino, afronta tu final, que no ha de ser ni el campo de batalla ni en otra empresa honorable.”

Otra noche, su propio dios (ave siniestra) se le apareció en forma de ave gigantesca; una pierna humana, el rostro mitad de plumaje tornasolado y la otra mitad de cara ennegrecida por la sangre de los sacrificios. El dios no le habló, sólo emitió un graznido amenazante, enloquecedor, que trepidó en el palacio y en toda la ciudad, despertando a los pobladores del valle de Anáhuac.

Moctezuma llamó al último sobreviviente de la vieja casta de sacerdotes de Quetzalcoatl [el dios derrotado]. Lo consultó largamente. Aquel le invitó a dejar el poder y riquezas y acompañarlo a su refugio en las desconocidas montañas. Moctezuma le ordenó que aclarara si ese año vendría Quetzalcoatl. “Tu reino es prestado, pertenece al dios nuestro rey, al gran señor Quetzalcoatl, que nunca hizo guerras, ni sacrificios, ni tiranías” Moctezuma cortante ordenó: ¿Vendrá o no vendrá?

“Seguro que tornará; a cada fin de siglo puede regresar, y regresará, y habrás de entregarle su reino, el que tú y tus dioses le han usurpado, y toda la tierra será otra vez del hombre, para beneficio del hombre, y todos viviremos en paz y amor.

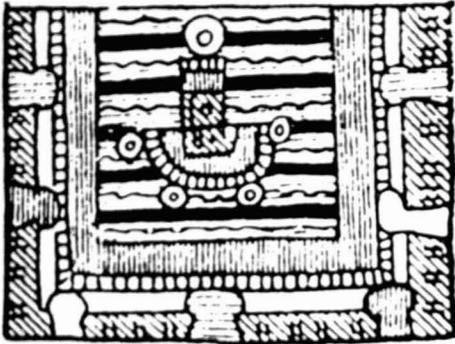
La furia de Moctezuma no tuvo límite, esta vez perdió el dominio de sí, se levantó, hizo ademán de patear al anciano sacerdote, pero, en vez de mandarlo ahorcar, empalar, o tapiar, ordenó le fabricaran un templo a este (nuevo) dios, un Quetzalcoatl distinto, un dios nuevo cautivado a quien sabe qué pueblo y allá mandó aposentar al anciano, con todos los honores de un gran señor. A diario Moctezuma lo festejaba y lo invitaba, pero el anciano permanecía callado. Una vez anunció: “Después que yo muera, pronto llegará mi señor, regresará nuestro Quetzalcoatl.” Está escrito que no he de mirarlo.

Un día amaneció muerto. Nada desasosegó tanto al emperador como la muerte del anciano. Sus cenizas calcinadas en una urna estaban siempre cerca de él y les versificaba y lloraba como si fuesen las del mismo Quetzalcoatl.

“Señor del viento fértil, ya no estás con nosotros ¿acaso tu alma ya se ha esfumado? ¿Acaso no eres inmortal? Escúchame. Cuando tu regreses todo he de revolverlo, todo será al revés, según tu gusto. Para mí sólo quiero un petate y una tortilla, ¡oh! Háblame señor; en sueños o en enigmas, quiero saber la verdad. Acaso estarás aún vivo? (Acaso ni sea yo tu descendiente.) ¿Acaso se acabará el mundo?”

Rompe en grandes y efusivas frases con sus visitantes, se burla de otros, se humilla ante sus siervos, díceles: “Yo nada soy, nada valgo, cualquier macehual esclavo vale más que yo.” Nadie lo entiende, sólo yo. Yo sé el mal que le aqueja y se lo cultivo, porque así escalo uno a uno las gradas del poder.

Pero los hongos ya no lo comunicaban con los dioses y el gran emperador abandonó todo esfuerzo. En esos días permitió Mocte-



zuma que se volviera a reunir el consejo de ancianos, paró las guerras, reorganizó la administración, tal como era (hacia) 300 años antes, los tributos al pueblo fueron rebajados. Moctezuma languidecía, bebía pulque, fumaba hojas de toloache, de muy lejos le traían las más sagradas variedades de hongos y semillas alucinantes (que tomaba para consolarse) ya no quería saber ni adivinar. Infantil se paseaba sin guardianes ni séquito por la gran ciudad, y al parecer gozaba viendo cómo su gran orden desaparecía; se oían músicas profanas, risas y hasta algunas parejas se tomaban de la mano públicamente. Como por encanto reaparecieron la riqueza, los lujos, las artes. A los labriegos se les permitió usar vestidos coloridos, las casas fueron decoradas con preciosos murales, banderolas de colores. A todos se permitió sembrar flores en su huerto (un mes y todo se había derrumbado). Moctezuma drogado esperó la llegada del día aciago, pero ese mes no pasó nada, ni el siguiente, ni al siguiente mes, ni seis meses después. Todos estábamos inquietos; tenía que llegar el tal Quetzalcoatl; no podía fallarnos; debía volver. Necesitábamos que llegara. Los nobles y principales conspirábamos. ¡Era necesario hacer aparecer a ese Quetzalcoatl! , nos había traicionado, nos había abandonado, [nada, ni siquiera los rumores acerca de seres sobrenaturales nocturnos prosperaban ya].

Al noveno mes de espera, Moctezuma se rehizo, llamó a sus más fieles allegados, y se informó de lo sucedido en esos meses, (puesto que él ya todo ignoraba).

Los que habían mostrado sus riquezas fueron castigados con esclavitud y fueron confiscadas sus esmeraldas, sus anillos de oro, sus bezotes de cristal de roca, sus orejeras de obsidiana, sus rodelas de turquesa. Todo se sacrificó al dios ave siniestra, se inició la guerra y se empezó a construir el más grande y costoso templo en honor al dios, se buscaron prisioneros de guerra, se escogieron nobles y sacerdotes aztecas que tendrían que ser sacrificados (mañosamente fueron seleccionados aquellos que se habían alejado más de los rituales y costumbres en la época de la distención). Se edificaron más y más cárceles, y la piedra más grande, jamás tallada en América se cortó de una cantera de Ixtapalapa para trasladarla a México y aquí esculpirla con la imagen del dios de la guerra, del señor de la izquierda de colibrí, del mojado en sangre de guerreros muertos en batallas, Huitzilopochtli. Grandes honores se hicieron a la piedra, se le cantó, se le sacrificaron codornices, se le dijeron bellos versos de alabanza, y se empezó a tratar de jalarla deslizándola sobre troncos. Pero ni mil ni diez mil, ni cien mil hombres la pudieron mover. Moctezuma fue a ver la piedra y ordenó un esfuerzo supremo, las sogas se cortaron, cayeron unos sobre otros los macehuales y la piedra les habló:

"Moctezuma ¿a qué quieres moverme, a qué quieres que vaya a Tenochtitlan? Bien sabes que tu tiempo está terminado."

El terror del pueblo fue enorme; todos huyeron en desbandada,

nadie puedo hacerlos entrar en razón, ni hacerlos volver al trabajo. Moctezuma meditaba: éstos ya no desean mi orden, he sido engañado por falsos augurios, pero mi dios Huitzilopochtli me habrá de perdonar, su templo será el más grande y bello, las víctimas serán más numerosas de cuantas se le hayan inmolado en el pasado... Si la piedra no quiso venir, será porque nuestro señor prefiere ser honrado en la imagen hecha por nuestros antepasados de puras costumbres, y no en la nueva, que yo pensaba fabricar, por manos mitad mexicanas, mitad extranjeras. ¡Ah! ¡Pueblo corrupto somos! Intereses de conquista nos obligaron en el pasado a mezclarnos con toda clase de pueblos, nuestras caras no son más aztecas, nuestros corazones son fácilmente extraviados por creencias extranjeras falsas. ¡Quede la antigua imagen, sigan llegando más y más víctimas, arrasen los campos enemigos, no haya sobrevivientes, sea el pueblo azteca el único que pueble el mundo, caigan todos los dioses bárbaros y que sólo deslumbré el todopoderoso escudo de Huitzilopochtli!

Muchos señores aliados fueron ahorcados y su casta borrada de los libros, por no entregar, con la premura que exigía Moctezuma, los materiales para edificar el templo. Los ejércitos azteca y tlaxcalteca se retaron y fueron hechos prisioneros miles de tlaxcaltecas, muchos aztecas se ofrecieron también voluntariamente al prestigioso sacrificio. Países lejanos eran despoblados, sus ciudades arrasadas, sus bosques y siembras incendiadas para no dejar sobrevivientes. Parecía que ya no quedaba nada por destruir, pero siempre se encontraba algo que aún no había sido exterminado. Un día en un convite de hongos recité:

"El gran templo, masa de piedra y cal; pesado,
adorno inútil, lujo de sacerdotes
de la noche, crece, crece,
es enorme, aplastará la ciudad,
va a cubrir al mundo, nada lo detiene,
nace, está fabricándose.

¿Cómo será cuando debamos alimentarlo? ¡Cuando nos devore!

¿Cuando nos esclavice!

¿Cuando nos beba la sangre!

¿A dónde ir? ¿A dónde esconderse?

¡Todo el mundo es el gran templo de Tenochtitlán!

■
Están alistadas, apretadas cuatro hileras de cautivos
de muchas jornadas de largo,
cada hombre amarrado al siguiente,
cada hilera dirigida a cada punto del universo,
cada hilera va a la muerte, a cada uno,
las filas cruzan el lago sobre puentes y barcas,

llega
llega
los a
toloa
para
para
parie
artista
los ba
se ace
a exci
muele
a sus
El sol
y llega
se ilus
se une
con el
Llegan
los qu

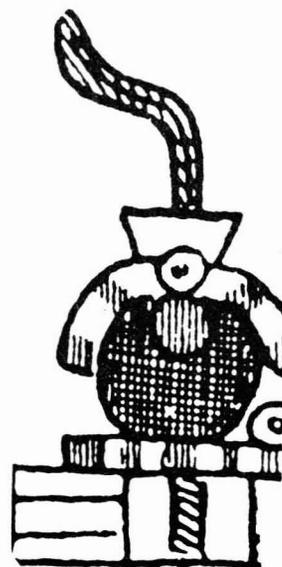


hijo.
llega-
de
rán
Si
ser
ras
ros
so-
ar-
as,
in-
ías
ea
os
le
je
a,
al-
is,
i-
a-
r-
e
n

Llegan a las montañas, bajan a los valles,
llegan al mar, las filas a sus lados están acompañadas;
los ayudantes del templo, que les dan a las víctimas hongos,
toloache, colorines; para que no tengan miedo,
para que no recuerden las horas,
para que no sientan el navajón cortarles las entrañas;
parientes lloran y los despiden, músicos los celebran,
artistas los pintan, los decoran,
los bailarines, también prisioneros bailando y cantando
se acercan a su final, el camino apesta a vómitos
a excrementos e incienso, a perfumes,
mueven los pórticos de flores,
a sus lados grandes adornos de papel multicolor revuelan.
El sol quema, está sediento,
y llega la noche, las cuatro hileras
se iluminan, cuatro serpientes de fuego
se unen. Forman una cruz
con el brazo que va al sur (a Tehuantepec) más largo.
Llegan las estrellas, y sólo duermen los que fumaron toloache,
los que alucinan con hongos sueñan despiertos

y no sienten el paso de la noche;
pues al amanecer van a morir.
Y amanece, los templos parecen un bosque de quetzales;
Los sacerdotes se afeñuscan en las gradas,
cada uno con ocho navajones, recién cortados,
las telas exquisitamente adornadas de plumas, de jades;
el Emperador con su túnica de grandes turquesas,
las piedras para sacrificios sobre las que se ponen las espaldas víctimas
para que su corazón salte fuera del vientre
al hacer un corte abajo del costillar. También
están recién enjoyadas.

■
Apunta como flecha el primer rayo del Sol; las 32 manos
bajan sobre 32 víctimas.
El Emperador y los principales, dejan el sitio a
los sacerdotes más sagrados,
que sólo se conocen este día,
quienes nunca se lavan la sangre divinizada.



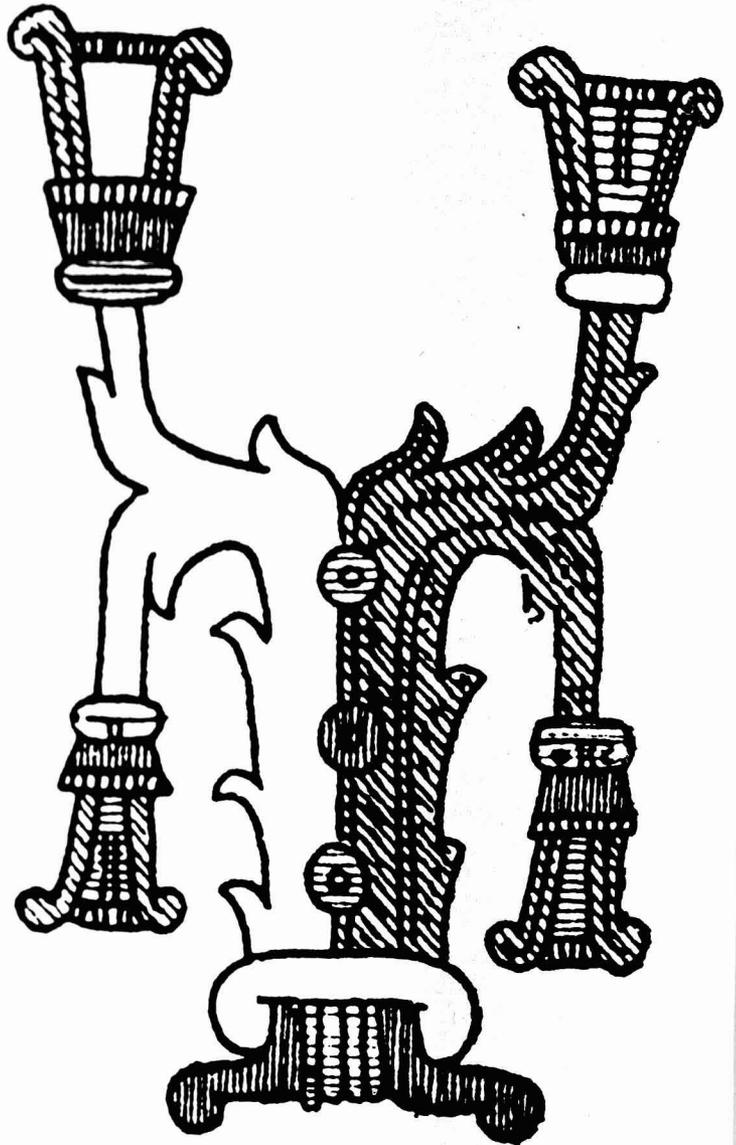


64 manos hábiles caen con rapidez.
¡Más de prisa! 300 mueren en un primer momento,
en unas horas decenas de miles,
el Sol luce formidable, bebe la sangre que corre por las gradas
hacia abajo; primero las cuatro escalinatas,
luego los patios se pintan de rojo,
la sangre forma masas que desde el negro al
rojo parecen una erupción volcánica,
lava del centro de la tierra, fuego del alto sol, sangre humana.
Los bailarines y músicos se concentran,
ruido ensordecedor, lamentos de las víctimas
alucinadas. Desde lo alto se arrojan los cuerpos;
los brazos y piernas se cortan al tronco,
se regalan al pueblo para la cena ceremonial.
Hoy; esta noche y muchas otras, cenarán el plato ceremonial
con la carne de los dioses y
se comunicarán con ellos.
Los 64 puñales bajan al unísono,
¡tras! ¡tras! ¡tras! El espectáculo es maravilloso.
El pueblo en paroxismo místico, espera su regalo divino,
ordenadamente regocijándose, al recibir cada cuerpo.
Los gritos de los que mueren, también al unísono,
el crujir de costillas, los cuerpos sin corazón
rodando las escalinatas al mismo tiempo
por cada punto cardinal. Al unísono
el pueblo pintándose de sangre divina la cara y las ropas,
la sangre llega a todas partes,
los aztecas consagran de rojo todo lo que poseen: sus casas,
sus caminos, sus ídolos,
sus perros, sus aves, sus almas, sus corazones,
sus ojos y sus sexos.

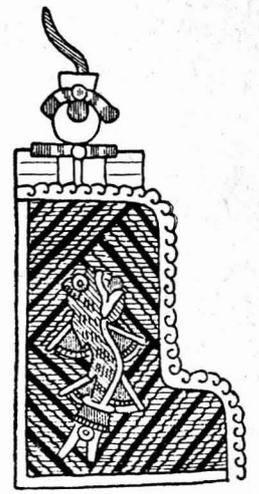
A la semana el hedor comenzó a ser molesto, las cabezas cortadas
de los sacrificados y expuestas como trofeos se tuvieron que cocinar
contra la costumbre y dejar solamente los huesos. En grandes
hogueras se incineraron los cuerpos sobrantes, pues ya estaban todos
asqueados de comer carne humana, algunos comenzaron a enfermarse.
A las dos semanas, las filas empezaron a empequeñecerse.

Moctezuma dilapidó el tesoro real; compró esclavos, señaló ciudadanos
aztecas para continuar el rito, era nuestro fin, nada podía
contener su afaán de destrucción, a las tres semanas, exhaustos
sacerdotes y nobles, exigieron una explicación, yo al frente por
primera vez lo interpele.

“Señor nuestro, deseamos nos expliques tu furor, tu castigo
contra nuestro pueblo y nuestros aliados; ya no quedan enemigos,
¿acaso hemos de sucumbir todos? ¿Algún dios te lo ha ordenado?”



¿Deb
mos
pald
cont
los an
no no
mis co
tios.”
El
permi
antojo
ta, ten
reros.
Moc
días y
quitarr
é en g
heros,
¡Qu
firmó
dos sal
los hor
Tacuba
templo
tro de l
Pens
mentido
Ade
todo es
tu pode
mensaje
por do
“Señor,
muestras
flotante
entregue
bían inv
La ce
tros de
tregado
do. Ser
Quetzalc
os nobl
que al r
en Oaxt
tras de l
casas de
ría otra



¿Debe acabar ya nuestra era? Moctezuma respondió: "Estoy, estamos pagando un pequeño precio a nuestros errores, dímosle la espalda a nuestras creencias que nos habían legado, tenemos que contentar a los dioses, especialmente a Huitzilopochtli. Y ahora se nos anuncia: Al fin de este mes, yo mismo me he de dar sacrificio, no nombro heredero, no quiero tumba ni honores, sean perdidas mis cenizas revueltas con cal en cualquier obra del templo de mi dios."

El más viejo regañó con condescendencia y autoridad: "No te permitiremos seguir esta destrucción, y tú no podrás morir a tu antojo, vuelva el consejo de ancianos a gobernar como antiguamente, tengan habla los jefes de los ejidos, los comerciantes y los guerreros. Tu reino absolutista ha llegado a su fin."

Moctezuma no se irritó, despectivamente respondió: "Sólo siete días y podrán hacer lo que quieran, antes ¡nada! ¡Nadie puede quitarme el honor de morir en el templo! Yo personalmente capturé en guerra florida más cautivos para el sacrificio que mis compañeros, gané ese honor." Y dando la vuelta nos dejó. . .

¿Quién comenzó a llorar y lamentarse? No lo sé, pero alguno afirmó "¡Asesinémosle, ofrezco mi mano!" Nadie respondió, todos salimos del patio de audiencias (siete días más y la mitad de los hombres de Tenochtitlán morirían) los templos de Tlatelolco, Tacuba, Atzacapotzalco e Ixtapalapa ahora funcionaban en vez del templo mayor, pues era tal el hedor que nadie podía llegar al centro de la ciudad.

Pensé para mí, haré que venga el Quetzalcoatl (demasiado he mentido ya con éxito al señor Moctezuma), yo haré parar el frenesí. Además creo que cuando llegue su hora no se dará en sacrificio, todo es una trampa para conocer a sus enemigos. . . Para afianzar tu poder. Cavilaba la mejor manera de hacerlo cuando irrumpió un mensajero de la costa donde habitaban los totonacas; del oriente [por donde debería volver el dios Quetzalcoatl] dios del viento. "Señor, dí a nuestro emperador, que Quetzalcoatl ha llegado a nuestras tierras y reclama su reino, llegó del oriente en unas casas flotantes. Quiere venir a México a conocer a su hermano, a que le entregue el trono. . ." (Alguien había tenido mi misma idea. ¡Habían inventado un Quetzalcoatl!)

La ceremonia estaba ensayada; todos los ornamentos, capas, centros de poder, el envoltorio sagrado que Huitzilopochtli había entregado a Tenoch para guiar a los mexicanos. Todo estaba preparado. Sería estrellado un espejo de obsidiana frente al señor Quetzalcoatl (significando el final de los dioses de la noche), todos los nobles estaríamos a disposición del dios. (Moctezuma confiaba que al menos le fuera permitido retirarse a su propiedad familiar en Oaxtepec.) Quetzalcoatl, [seguramente] repartiría todas las tierras de los sacerdotes, de los nobles y de los templos. Quemaría las casas de los dioses de la guerra y libertaría a los esclavos, restauraría otra vez la dedicación a las ciencias y a las artes, y el amor sería

visto como algo natural y benéfico. (Eso decían los libros antiguos sobre el reinado de Quetzalcoatl.)

Nada de esto se informó al pueblo azteca.

Pensaba Moctezuma: "¿Cómo pudo reinar el tal Quetzalcoatl tantos siglos con esas reglas absurdas?"

Cortés entró al palacio vistiendo un extraño y ridículo traje de terciopelo. Con modales de bailarín torpe, quiso hacer elegantes ceremonias y reverencias, finalmente asumiendo una actitud también falsa, de pirata caribeño, se enfrentó a Moctezuma y le ofreció un abrazo, el emperador se dejó abrazar. Hernán Cortés lo tomó amablemente de las dos manos diciendo un dulce discurso conciliatorio y de humildad: "Solamente reclamo estas tierras para mi emperador al otro lado del mar." Moctezuma adivinó todo (él nunca necesitó del idioma para gobernar), una risa incontenible le vino, tanto reía que Cortés rió creyendo que esta risa fuera signo de bienvenida y no de burla, los nobles rieron también, sólo la Malinche (traductora y amante de Cortés) furiosa, mandó a los soldados tlaxcaltecas hacer prisionero a Moctezuma.

Los generales tlaxcaltecas se lo llevaron a empellones.

Luego me contaron algunas nobles tlaxcaltecas que aquella noche Malintzin había reñido como nunca a Cortés. "¡Yo que te había hecho pasar por un dios! ¿Por qué no te hincaste y le lavaste los pies como la Magdalena a tu Cristo? Y luego ya me hartas con eso de que sólo eres un vasallo de tu emperador. Yo quiero todo el reino azteca (y aún más) para tí, para mí, para nuestros aliados, ¿qué afán tienes de regalar todo a ese extraño que nunca has visto, a quien respetas más que a tu Cristo, más que a tí mismo, más que a tu oro? . . . Yo nací princesa, luego fui esclava y sigo pensando como princesa. Tú naciste vasallo, hombre servil, limpiador de culos de los señores. ¿Y ahora? . . . Habremos de cambiar nuestra táctica, nada será fácil, sino muy difícil."

Después yo recibí el cargo de regidor, vivo igual que antes, también ahora vivimos con el terror y la muerte cercándonos, además estos extranjeros introdujeron la tortura, las plagas, el dinero. Se acabó el imperio azteca, todo se dispó como una nube, en el templo mayor ya no se sacrifican guerreros, ahora se descuartizan vivos a los indios idólatras. Yo gracias a los santos frailes, soy ferviente cristiano y denuncia a mis amigos o parientes idólatras. Plazco mucho; me han colmado de cargos, riquezas, y hasta han permitido que conservemos yo y mi familia mi nombre azteca. (Yo también soy del clan del emperador.) Se refiere a mí como "El señor don Jesús Moctezuma. Gente de confiar, quien sabe manejar a los indios".

Ahora ya nada me importa, les relato esto, mis nietos, para que no les crean a los frailes y maestros pues sólo cuentan lo que les va conviniendo en cada época; sólo piden prestados personajes a la historia para retratarse ellos mismos o a sus intereses, pero nunca dicen la verdad.